

9º Encuentro de Bibliotecas del Noroeste del Conurbano Bonaerense
Las Bibliotecas como reservorios de la memoria

UNGS, 10 de setiembre de 2009

Conferencia inaugural
Sobre la transmisión de la memoria
Dr. Daniel Lvovich (UNGS - CONICET)

Nunca recordamos solos. Los recuerdos individuales siempre se articulan con los de otros, las narraciones individuales se inscriben en relatos colectivos y se sostienen en prácticas conmemorativas.

Estas afirmaciones, que hoy parecen autoevidentes, resultan certezas de las ciencias sociales que se remontan a la década de 1920. En efecto, a fines del siglo XIX y comienzos del XX Henry Bergson desarrolló una teoría de la memoria individual que se plasmó finalmente en 1911 en la versión definitiva de su libro *Matière et mémoire*. No está demás recordar que en esos mismos años se publicaba *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, sin dudas la principal novela del siglo XX sobre la rememoración, y que Sigmund Freud se encontraba desarrollando su teoría psicoanalítica, lo que da cuenta de un clima de preocupaciones comunes en torno al par memoria / olvido.

En *Materia y Memoria* el filósofo francés sostiene que los seres humanos dan cuenta de dos realidades de orden muy diferente. Una de ellas tiene un carácter heterogéneo y sensible: es la realidad de la duración. La duración es "la forma que toma la sucesión de nuestros estados de conciencia cuando nuestro yo se deja vivir, cuando se abstiene de establecer una separación entre el estado presente y los estados anteriores". La otra realidad es el espacio, concebida por la inteligencia humana y que permite realizar distinciones estrictas y abstraer.

De la comparación de estas dos realidades nace una representación simbólica de la duración inspirada en el espacio. La duración toma así la forma ilusoria de un medio homogéneo que es lo que habitualmente se entiende por tiempo. Así, el tiempo no es, para Bergson, sino la proyección de la duración en el espacio: la sucesión toma la forma de una línea sucesiva y continua.

La teoría de la memoria de Bergson que se deriva de esto distingue dentro del ámbito de la memoria individual, una memoria pura y una memoria-hábito. La memoria pura se corresponde a la duración y la memoria-hábito al espacio y al tiempo, La primera supone la persistencia, la continuidad. La segunda, la *memoria-hábito* tomaría de la *memoria pura* los recuerdos significativos para el presente, adecuándolos convenientemente-

Bergson nos advierte que en la dimensión individual, la memoria es necesariamente selectiva. No recordamos todo, sino aquello que por algún motivo nos resulta significativo en el presente. Se podría pensar que esta es la idea que retomaría varias décadas después Borges en *Funes el Memorioso*, cuando afirmaba: “La agobiante memoria de Funes es tan inútil como estéril. No casualmente Irineo Funes es un hombre postrado. El insoportable recuerdo de todo, sin selección, sin valores, sin interpretación lo vuelven un ser ocioso. La conservación de la infinita totalidad de detalles y signos es tan paralizante como la amnesia. Por eso es alguien fragmentado por una facticidad que descompone la realidad en infinitas criaturas individualizadas...”

En 1925, Maurice Halbwachs, un antiguo discípulo de Bergson, retomara críticamente algunos de sus conceptos, para articularlos dentro de la teoría de la memoria colectiva que presentó en su libro *Los cuadros sociales de la Memoria*. A Halbwachs le resultaba inadmisibles la existencia de una memoria pura individual. Para Halbwachs, en efecto, lo que denominamos memoria tiene siempre un carácter social ya que cualquier recuerdo, aunque sea muy personal, existe en relación con un conjunto de nociones, con personas, grupos, lugares, fechas, palabras y formas de lenguaje, es decir, con la vida material e intelectual de las sociedades. No hay pues, para Halbwachs, dos memorias sino una y esta resulta de una articulación ente lo individual y lo social

Sin embargo la dimensión dinamizadora que Bergson había atribuido a la *memoria-hábito* le pareció a Halbwachs relevante, ya que encontró en ella un recurso para explicar la motivación de la reaparición de los acontecimientos del pasado. De ese modo, aceptaba que la razón de la emergencia de los recuerdos no reside en ellos mismos, sino en la relación que tienen con las ideas y percepciones del presente.

La investigación de los elementos que, en los diversos ámbitos sociales, permiten la construcción de la memoria, tanto individual como colectiva, llevó a Halbwachs a establecer la existencia de unos marcos sociales de la memoria. Según Halbwachs, dichos marcos pueden ser específicos, como la familia, la religión o las clases sociales,

o de carácter más general: el espacio, el tiempo y el lenguaje. Es decir que cuando se recuerda, se lo hace a través de las claves específicas de cada grupo en los que o sobre los que se esté recordando, pero también por medio de la aceptación de marcos más amplios y generales que resultan de las configuraciones básicas del espacio, el tiempo y el lenguaje.

En su comentario al libro de Halbwachs, “Memoria colectiva, tradición y costumbre. A propósito de un libro reciente” publicado en 1925, el historiador Marc Bloch realizó un señalamiento fundamental. Bloch acordaba con Halbwachs en la utilización de categorías de origen social, situadas en espacio y tiempo, pero señalaba la ausencia en su obra de un enfoque centrado en los mecanismos de transmisión de la memoria a partir del reconocimiento de que “una parte de los fenómenos que así designamos [como memoria colectiva] son simplemente cuestiones que tienen que ver con la comunicación entre los individuos”.

Pese a que en los años 20 ya existía un consenso teórico acerca de la existencia de una memoria colectiva y sobre algunos elementos metodológicos para abordarla – tal como hizo el propio Bloch en su estudio sobre la memoria colectiva en la sociedad feudal - pero sin embargo, el problema del estudio de la memoria no resultaría relevante entre las preocupaciones académicas por varias décadas.

Para entender la causa de esta ausencia, pasemos por un instante del análisis del estudio de la memoria al de su despliegue social. Para comprenderlo comencemos con dos ejemplos.

Apenas regresado a su país tras sobrevivir al campo de exterminio de Auschwitz, al que había sido deportado en 1944, un joven italiano judío escribió un libro en que relató sus experiencias. El manuscrito fue rechazado por algunos grandes editores, y sólo fue aceptado en 1947 por una pequeña editorial. Se imprimieron 2.500 ejemplares de ese libro, que no alcanzó una resonancia importante. Solamente Italo Calvino, por entonces un joven escritor, lo elogió con entusiasmo. Finalmente la pequeña editorial se disolvió y el libro cayó en el olvido. Unos pocos años más tarde, al comenzar la década de 1950, un estudiante de historia en la Universidad de Columbia le solicitó a Franz Neumann, miembro de la Escuela de Frankfurt y autor de *Behemoth* –hoy un célebre texto sobre la estructura del estado nazi- que dirigiera su tesis de doctorado sobre el exterminio de los judíos europeos por el nazismo. Aunque Neumann aceptó, era conciente que al elegir ese tema, el estudiante se estaba separando del *mainstream* académico al dedicarse a un tema no abordado en los estudios universitarios y por el

que el público no mostraba interés. Por ello, no dejó de señalarle al estudiante: “*It’s your funeral*”.

Estas dos situaciones no resultarían particularmente relevantes -la escasa difusión, la crítica feroz y el aislamiento intelectual resultan circunstancias muy habituales en la vida intelectual- si no fuera por la relevancia que sus protagonistas y sus obras alcanzarían en las décadas posteriores.

El joven italiano era Primo Levi, y el libro que dificultosamente logró publicar fue *Si esto es un hombre*, que a partir de su reimpresión por Einaudi en 1958 alcanzó gran resonancia mundial. En un apéndice de 1976 a ese libro, el propio Levi señalaba que en la inmediata posguerra su obra tenía pocas perspectivas de lograr una difusión importante, debido a que “la gente no tenía muchas ganas de regresar con memoria a los dolorosos años que acababan de pasar”

El estudiante era Raul Hilberg, quién en 1961 publicó *The destruction of the European Jews* convirtiéndose en el primer investigador que logró delimitar históricamente la morfología y los orígenes del Holocausto. En efecto, Hilberg resultó una de las pocas personas que en aquel momento se dedicó de manera sistemática a estudiar el Holocausto, en momentos en que el mundo académico norteamericano, al igual que en Francia y Alemania, el tema no despertaba el menor interés. El propio Hilberg recordaba que en los primeros años de la posguerra los judíos eran raramente mencionados en los innumerables relatos sobre la Segunda Guerra Mundial, al punto que la década de 1950 su exterminio parecía definitivamente olvidado, y que esa fue justamente la razón por la que comenzó a ocuparse de esa cuestión. Una vez terminada su tesis, también el manuscrito de Hilberg recibió, antes de su publicación, el rechazo de varias editoriales

Estos episodios señalados ejemplifican con claridad el lugar marginal que hasta la década de 1970 ocupó el exterminio de los judíos europeos y la reflexión sobre las actitudes de las sociedades frente al nazismo y el fascismo en la cultura y el debate intelectual. Sólo un reducido grupo ubicó a Auschwitz en el centro de su reflexión en la inmediata posguerra -los miembros de la escuela de Frankfurt, Hanna Arendt, Georges Bataille, entre otros pocos- mientras un buena parte de los intelectuales de Occidente permanecerán “ciegos” frente al genocidio.

Sin embargo, como afirma Andreas Huyssen en su libro *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, un discurso extendido, globalizado, de la memoria ha encontrado su base y su justificación, en los últimos veinte años, en la

figura mayor del crimen masivo, el *Holocausto*. Esa memoria de crímenes masivos y atroces se implanta sobre todo con el sentido de un deber contra las formas del olvido, el encubrimiento o la banalización. Y detrás de ese motivo denso, y del rescate de las víctimas, sociedades y grupos arman el relato de los crímenes sufridos por cada uno de ellos. Se iniciaba así una transformación duradera en la percepción del pasado que pronto se extendió a buena parte de Europa, y de allí al resto del mundo, que no tardaría en traducirse además en una nueva producción historiográfica.

Si la recurrencia de las políticas genocidas de fines del siglo XX mantuvo vivo el discurso sobre la memoria del Holocausto, fue precisamente el surgimiento de la *Shoah* como un *tropos* universal lo que permitió que esa memoria se vinculara a situaciones específicamente locales, lejanas en términos históricos y diferentes en términos políticos del acontecimiento original. En este sentido, y tal como ha sostenido Andreas Huyssen, “en el movimiento transnacional de los discursos de la memoria el Holocausto pierde su calidad de índice del acontecimiento específico y comienza a funcionar como una metáfora de otras historias traumáticas y de su memoria”. A la vez, la recurrencia de las políticas genocidas de fines del siglo XX mantuvo vivo el discurso sobre la memoria del Holocausto, y en tal sentido se inscriben, entre otras, las formas de rememoración las prácticas del terrorismo de Estado desarrolladas en la Argentina en la década de 1970.

En el último cuarto de siglo entramos en la era de la memoria, un período caracterizado por una verdadera obsesión por la memoria. Andreas Huyssen plantea la hipótesis de que el miedo al olvido, contracara de la obsesión contemporánea por la memoria, se intenta contrarrestar por medio de estrategias de supervivencia basadas en una “memorialización” consistente en erigir recordatorios públicos y privados. “El giro hacia la memoria recibe un impulso subliminal del deseo de anclarnos en un mundo caracterizado por una creciente inestabilidad del tiempo y por la fractura del espacio en que vivimos”. Frente a la evocación de los hechos gloriosos del pasado, tan característica de la etapa de formación de los estados nacionales, la cultura de la memoria se vincula a los fenómenos de terror masivo, genocidios y masacres que han caracterizado al siglo XX en buena parte del mundo. Por ello, mientras en aquel período se recordaba en general a los vencedores – pueblos en lucha, militares victoriosos, héroes civiles - la cultura de la memoria fijó su atención en las víctimas: los perseguidos, los expatriados, los asesinados. Sin dudas, la crisis de la confianza en que

la acción humana permita modificar en un sentido positivo el futuro explica en parte este vuelco hacia el pasado.

Esta cultura de la memoria ha modificado la relación entre las representaciones del pasado y la justicia, ya que se vincula con un movimiento de reparación moral, jurídica y en ocasiones financiera de las víctimas, la creación en diversas latitudes de comisiones estatales destinadas a establecer las responsabilidades de los involucrados en delitos de lesa humanidad y muchas veces, la comparecencia ante estrados judiciales nacionales o internacionales de sus principales instigadores o ejecutores.

Esta enorme expansión de la cultura de la memoria se hizo sentir con fuerza en el ámbito académico. En el último cuarto de siglo se escribieron ríos de tinta sobre el problema de la memoria, en las más distintas perspectivas. La historia ha asumido a la memoria como un contexto de producción, un objeto de investigación y en tanto relato sobre el pasado, como una fuente a ser interpretada. Vale aquí una aclaración.

Aunque enlazados en muchos aspectos, historia y memoria no son lo mismo, ni se desarrollan de modo similar ni con idénticos ritmos. Mientras la historia aborda el pasado de acuerdo a las exigencias disciplinares, aplicando procedimientos críticos para intentar explicar, comprender, interpretar; la memoria se vincula con las necesidades de legitimar, honrar, condenar.

Conocer el pasado, incluso considerando las frecuentes y certeras críticas a las pretensiones de objetividad de la disciplina histórica y teniendo en cuenta las dificultades para referirse a un discurso como verdadero - y rememorarlo con pesadumbre o nostalgia, resultan operaciones diversas. Conocer el pasado es el resultado de operaciones de estudio, de crítica documental, de una práctica que tiende a construir un relato intersubjetivamente comunicable y, sobre todo, pasible de ser refutado. Rememorarlo tiene que ver con la relación de los individuos con su pasado, y en un sentido estricto, con la elaboración que cada individuo realiza de sus propias experiencias, ya que nadie puede recordar aquello que no ha vivido.

Sin embargo, las operaciones de la memoria tienen dimensiones que trascienden el recuerdo de lo vivido por cada individuo. En general, cada grupo – político, étnico, nacional – aspira a mantener viva su relación afectiva con aspectos especialmente significativos de su pasado. Este tipo de relación es la que permite el establecimiento de relatos sobre un pasado común, que constituyen el sustrato de la identidad de los grupos, y que se transmiten y refuerzan a través de distintas prácticas de rememoración

y conmemoración, que permiten establecer lo que se suele denominar una memoria colectiva.

En sociedades complejas y plurales, no todos los individuos y grupos mantienen idéntica relación con el pasado, y de hecho, en muchas ocasiones, las representaciones sobre aquel pasado sostenidas por distintos grupos pueden resultar no sólo distintas, sino también contradictorias. De modo que en muchas ocasiones, y probablemente siempre, el conflicto entre relatos discordantes sobre el pasado, en particular si este involucró experiencias de violencia y victimización, puede dar lugar a la existencia de memorias en pugna, sostenidas sobre las distintas valoraciones de aquellos sucesos y sus efectos.

Por supuesto, aunque el pasado es inmodificable, sus sentidos no están fijados de una vez y para siempre. Las memorias no quedan por ello fijadas de manera definitiva, sino que se transforman con el paso del tiempo. Las exigencias del presente, el peso de los discursos dominantes sobre el pasado, el cambio de las condiciones que determinan su audibilidad y legitimidad, las políticas de la memoria desarrolladas desde el Estado, entre otros factores, pueden determinar modificaciones sustanciales en los contenidos de las memorias.

Los productos de la historia como disciplina académica – básicamente los *libros de historia* - pueden contribuir a reforzar determinadas memorias, y ser incorporados a sus relatos. Sin embargo, la historia no puede reemplazar a la memoria como mecanismo de producción de sentido del pasado, ni de selección de sus aspectos considerados significativos, debido a las lógicas diferenciales en que ambas instancias se distinguen: mientras los mecanismos de la memoria seleccionan las formas del recuerdo y el olvido en función de las instancias sociales, políticas y culturales que contribuyeron a su conformación y de las preocupaciones del presente que explican la atribución de una dignidad específica a determinados eventos pretéritos en detrimento de otros, la historia - sin resultar del todo ajena a tales determinaciones - reconstruye, selecciona y narra de acuerdo a unos procedimientos disciplinares a los que no puede renunciar si pretende conservar su especificidad.

Me interesa destacar la contribución de Tzvetan Todorov, que estableció una distinción entre diversas formas de reminiscencia; es decir el acontecimiento recuperado puede ser leído de manera *literal* o de manera *ejemplar*.

La *reminiscencia literal* se basa en la preservación del segmento doloroso del pasado en su literalidad, lo que no significa en su verdad, permaneciendo intransitivo y no

conduciendo más allá de sí mismo. Esta forma del recuerdo se distingue por asociaciones por contigüidad, que termina extendiendo las consecuencias del trauma inicial a todos los instantes de la existencia.

La *reminiscencia ejemplar* sin negar la singularidad del suceso, lo utiliza, una vez recuperado, como modelo para comprender situaciones nuevas con agentes diferentes. La primera somete el pasado al presente, la segunda, la ejemplar, permite extraer enseñanzas y puede ser un principio de acción en la medida en que usa el pasado en función del presente. Es por eso que Todorov sostiene que aunque la recuperación del pasado es indispensable, pero ello no significa que el pasado deba regir el presente, sino que, el presente puede hacer distintos usos del pasado. Con ello Todorov defiende el derecho al olvido, no en cuanto amnesia o imposición, sino a favor de formas que favorezcan el consenso y nuevas formas de contrato social. Como podría haberse conformado la Unión Europea si la memoria literal hubiera preservado los relatos identitarios de cada nación tal como se formularon en 1814, en 1914 o en 1945?

Por supuesto, la memoria colectiva no es el resultado de una generación espontánea. Pierre Nora define la memoria colectiva como lo que queda del pasado en lo vivido por los grupos, o bien lo que estos grupos hacen del pasado. Esa memoria cristaliza en lugares específicos, llamados ‘lugares de la memoria’, que deben su existencia al derrumbe que se produce con la modernidad de aquellos medios y ámbitos donde la memoria era parte de la vida cotidiana. Existen diferentes tipos de lugares de la memoria, a saber,

- a) monumentales : cementerios, arquitecturas,
- b) simbólicos : conmemoraciones, peregrinajes, aniversarios, emblemas
- c) funcionales: manuales, autobiografías, asociaciones.
- d) topográficos : archivos, bibliotecas, museos,

Si la memoria es el resultado de un proceso activo de transmisión materializado en lugares de la memoria, el ‘**olvido colectivo**’ significa la no-transmisión, así un pueblo olvida cuando el pasado no fue transmitido o cuando la nueva generación rechaza lo que recibió. Esta ruptura puede darse en forma brusca o por un lento proceso de erosión. Hay un olvido que depende de la pérdida de las energías colectivas que conservan una memoria del pasado.

Pero también hay otro olvido, el que resulta del borramiento deliberado de huellas, de una búsqueda deliberada de eliminación de pruebas, de aniquilamiento de tradiciones, de falseamiento del pasado. Se trata de la clásica operación de los “asesinos de la

memoria” Permitanme cerrar entonces esta conferencia con una clara incitación que involucra a las bibliotecas y a aquellos que desempeñan en ellas su actividad cotidiana, que tomare de las últimas páginas de *Zajor*, un clásico libro de Josef Yerushalmi:

“La historiografía, seguiré insistiendo, no puede ser un sustituto de la memoria colectiva, ni muestra señales de crear una tradición alternativa capaz de ser compartida, pero la vocación esencial de la vocación histórica permanece, y su imperativo moral me parece ahora mas urgente que nunca: Pues en el mundo en que vivimos, esto ya no es solo cuestión del deterioro de la memoria colectiva y de la declinación de la conciencia del pasado, sino del agresivo saqueo de lo que queda de memoria, la distorsión deliberada del registro histórico, la invención de pasados mitológicos (...) Contra los agentes del olvido, los que trituran documentos, los asesinos de la memoria, los enmendadores de enciclopedias, los conspiradores del silencio, contra aquellos que pueden, en la maravillosa imagen de Kundera, cubrir de pintura con un atomizador la fotografía de un hombre de manera que no quede de el mas que su sombrero, solo el historiador con su austera pasión por el hecho, la prueba, la evidencia, que son centrales para su vocación, puede montar guardia eficazmente” (...) Así pues, no podemos marcar las fronteras entre el exceso y la falta de investigación histórica: Si esa es la opción, me pronuncio por el exceso antes que por la falta, pues mi terror de olvidar es mayor que mi terror que tener demasiado que recordar. Que siga creciendo el torrente de libros y monografías, aunque sólo los lean los especialistas: que los ejemplares sin leer reposen en los estantes de muchas bibliotecas para que si alguna es destruida o trasladada, queden otras. Para que quienes lo necesiten puedan descubrir que tal persona si existió, que tales acontecimientos si ocurrieron, que tal interpretación no es la única”.

Qué mejor motivación que ésta podría haber para que las bibliotecas sigan cumpliendo con este rol de conservación de los recursos – libros, videos, materiales en soporte electrónico, grabaciones, revistas – con los que las memorias construyen sus relatos.

Eso es todo. Gracias y que tengan una muy buena jornada.

